

gramática, lingüística, etnología y antropología puedan sostener los sabios de Europa y de América, cualquiera que sea, aun cuando por él se crean autorizados los detractores del éuskaro á proclamar á la faz del universo que los vascones proceden de una horda de salvajes, en nada afectará ni á la majestad de la épica hecatombe de Calahorra, ni á la serena aureola de santidad que circunda la cuna de San Francisco Javier, ni á la entusiasta ovación que se tributa en todas las naciones cultas al genio de Sarasate cuando arranca de su violín armonías que rebasan de la limitada capacidad estética de las razas indo-germánicas, y transportan al oyente dotado de la intuición de las armonías prehistóricas, al sublime y primitivo concierto de la creación recién salida de la mano del Omnipotente.



CAPÍTULO IV

Tipo físico del navarro. Su carácter en lo antiguo y hoy.

Gradual extinción de la raza y del idioma éuskaros.—La agricultura y el pastoreo.

La emigración navarra.—El traje.

Diferencias entre montañeses y ribereños.

Los partidarios del origen turanio de los vascones podrían utilizar en pro de su tesis las notables semejanzas que se descubren comparando la fisonomía del navarro de la montaña con la del etrusco, hombre de raza turania en sentir de muy distinguidos etnólogos. El estudio del ángulo facial, á que tanta importancia se dió desde los trabajos de Camper y Lavater, inventores de la ciencia *fisiognomónica* (1), puede hacerse perfectamente en cuanto al tipo fisonómico etrusco, sin más que una somera inspección de los objetos de cerámica de Chiusi, Cervetri y Corneto. Ignorábamos que hubiese nadie establecido afinidades de raza entre los vascos y los etruscos: hoy nos habla de esta aproximación antropológica el distinguido autor de un *Manual de arqueología etrusca y romana* (2), diciéndonos:

(1) LAVATER, *Fragments physiognomiques*.

(2) JULES MARTHA, *Manuel d'Archéologie étrusque et romaine*. Paris, A. Quantin, p. 8.

« los etruscos, cuyo origen es todavía un misterio, han sido considerados como de todas las razas: para unos son italianos indígenas, para otros eslavos, *vascos*, celtas, cananeos, armenios, egipcios, tártaros, etc. » pero siempre que visitábamos los museos donde se conservan vasos verdaderamente etruscos, los personajes pintados en ellos nos traían á la memoria las fisonomías de los guipuzcoanos y navarros del Pirineo, y cuando contemplábamos las caras de éstos, recordábamos los perfiles de nariz larga y barba ingente perpetuados en aquellos objetos. La misma semejanza de facciones se advierte si se toman como término de comparación las figuras pintadas en los vasos italo-griegos de Sicilia y de Nola y Cumas, y hásenos ocurrido si podría este fenómeno atribuirse á la ocupación de la Sicania por tribus pirenaicas emigrantes allá en remotos tiempos, pero históricamente probada. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que la semejanza de facciones entre los vascos montañeses y los etruscos y sículos, cuyas figuras nos conserva la antigua cerámica, existe, y que tú, estudioso lector mío, puedes fácilmente comprobarla, utilizando las muchas y buenas publicaciones arqueológicas y artísticas con que te brindan las bibliotecas, si no prefieres verificar la comparación en las amenas y entretenidas salas de los museos.—Para que este estudio comparativo te sea más fácil y expedito, los ceramistas etruscos é italo-griegos cuidaron, al menos los de la época á que pertenece el estilo denominado *severo*—de transición entre el *primitivo* y el *libre*—de mostrarte todos los personajes figurados en las escenas fúnebres que decoran sus vasos, enteramente de perfil, con lo cual consigues que el ángulo facial y la emergencia de ciertas facciones no se te oculten nunca. Hecha esta observación preliminar, dediquemos breves instantes al estudio del tipo físico navarro.

No todos los que habitan del Pirineo al Ebro presentan los caracteres fisionómicos de una raza única: al contrario, bien se advierte en las facciones de unos y de otros, que esa tierra fué en todos tiempos cursada por las más diversas razas, y que las

que hoy la pueblan se hallan estrechadas por gentes de orígenes distintos. Echase de ver, con sólo girar la vista por cualquier grupo de navarros, que en la raza vascona se han verificado y se están verificando todos los días cruzamientos y mezclas que alteran su aspecto general. La naturaleza, sin embargo, en su tendencia constante á conservar las especies típicas, nos suministra á cada paso en la región que nos ocupa, individuos en quienes se perpetúan todas las facciones del vascón primigenio. Ya lo ha observado antes que nosotros el sagaz autor del excelente libro que lleva por título: *EL OASIS, Viaje al país de los Fueros* (1): las mismas diferencias que ofrecen la constitución geológica, el clima y las producciones de las dos zonas septentrional y meridional de Navarra, se advierten en sus habitantes: en fisonomía, usos, costumbres y trajes, todo es diverso entre los de la Montaña y los de la Ribera. El pastor y el campesino de la Ribera muestran una fisonomía abierta, inteligente, enérgica, pero poco respetuosa, es decir, no siempre moderada en su expresión por la prudencia. Jamás una montañesa de Echarlar ó de Elizondo, interpelada por un forastero, le espetará una rabotada como las que á toda hora están dispuestas á dispararle las maritornes de las posadas de Tudela ó de Calahorra. Aquella gente es más circunspecta: su raza, cuyo carácter distintivo es la gravedad, se revela como totalmente extraña á la que domina desde Pamplona para abajo, de las sierras de Andía y Aldasudurra hacia la Rioja. Puede afirmarse que no hay un vasco navarro que no sea, como el citarista del sepulcro pintado de Corneto que publica Martha—para citar un ejemplo entre mil

(1) El Sr. D. Juan Mañé y Flaquer, en el tomo de esta preciosa obra que ha consagrado á la provincia de Navarra. Barcelona, 1878.—Este distinguido publicista, por muchos títulos ilustre en los anales de la prensa moderna española, ha tratado de Navarra, sobre todo de su estado social y de sus instituciones, con la profundidad y filosofía de un consumado político, y con el elegante estilo de un *tourist* inglés de la veta de los Beaconsfield; y desde ahora anunciamos que nos servirá de guía en muchas de nuestras exploraciones.

que se nos vienen á la mente —de larga nariz, barba prominente, ceja espesa y boca rasgada.

Los hombres científicos no podían contentarse con estos rasgos puramente fisonómicos: la antropología, ciencia de observación, ha querido hacerse cargo de las diversas formas del cráneo éuskaro, y ha reconocido entre muchos de ellos los dos tipos fundamentales que echó de ver en un principio en las diversas razas humanas, y que denominó de *braquicéfalos* y *dolicocéfalos*; nombres que indican las dimensiones, una corta y otra larga, del diámetro menor del cráneo, de oreja á oreja, en relación con el diámetro mayor, desde la base de la frente á la nuca. Compárense las dos cifras que arrojan ambas distancias, y si la relación del diámetro menor con el mayor excede de 80 por 100, el cráneo es *braquicéfalo*; y en caso contrario, *dolicocéfalo*. Creyóse por algún tiempo que todos los vascos eran braquicéfalos, pero esta hipótesis resultó inadmisible, examinando más detenidamente ejemplares auténticos de la raza (1): en ellos se encuentran muy marcados los dos tipos, el dolicocéfalo con capacidad cerebral media, mayor en la región occipital que la del parisiense de nuestros días, y menor en la frontal; y el braquicéfalo con capacidad cerebral menos voluminosa, pero de mucho desarrollo en la parte occipital y mayor elevación y anchura en la frontal. El primero se aproxima á un tipo africano; el segundo á un tipo europeo de remota antigüedad; pero aún no es posible afirmar cuál de estos dos es el característico y especial de la raza éuskara propiamente dicha, mucho menos si se toman en consideración las demás diferencias de

(1) En 1862 los doctores Broca y Velasco recogieron unos 60 cráneos en un antiguo cementerio de Zarauz; el Dr. Velasco extrajo luégo del mismo paraje, en 1866, otros 19 cráneos; el profesor Virchow juntó, en 1867, 7 cráneos de las cercanías de Bilbao; en 1868, el citado Dr. Broca reunió 58 cráneos más, procedentes de un antiguo osario de San Juan de Luz, y por último M. Antoine d'Abbadie, miembro del Instituto de Francia, el Dr. Argeliès de San Juan de Luz y el referido Dr. Broca, han practicado numerosos reconocimientos en sujetos vivos, de los cuales ha resultado que los cráneos vascos presentan muy marcadamente los dos mencionados tipos.

compleción, estatura, proporciones, movimientos, color de los ojos y del cabello, etc.

Del carácter y antiguas costumbres de estas gentes ¿qué sabemos? En esta materia, como en lo relativo al problema de su origen, tenemos los datos más contradictorios, y aun estos, interpretados muy diversamente: los que para unos son timbres gloriosos, son para otros pruebas irrecusables de atraso y ferocidad. Cítanse en honor de la antigua Vasconia, y como blasones de la independencia y patriotismo de sus hijos, episodios de la guerra sertoriana y de la otra guerra promovida por la rivalidad entre César y Pompeyo. Calahorra, ciudad insigne que hoy pertenece á la provincia de Logroño y que en la época de la república romana era fuerte población vascona, hacia el año 74 antes de Cristo, declarada la guerra entre Sertorio y los enviados por Roma á concluir con el Senado Oscense, con la blanca cierva inspiradora y con los atrevidos planes del expatriado soñador, se adhirió al partido de éste contra la República; y después de asesinado traidoramente por Perpena el jefe de la rebelión, fué sitiada por Afranio, y tan rigurosamente estrechada, que viéndose los calagurritanos reducidos á la última extremidad del hambre, apurados todos los recursos, devorados cuantos animales había en la población, hasta los más inmundos, no titubearon, según refiere Valerio Máximo, en dar muerte á sus mujeres y á sus hijos, salando sus carnes para irse sosteniendo con tan nefando pasto (1). Este horroroso cuadro hace exclamar á Berlanga: «atérrase el ánimo considerando tal refinamiento de barbarie...» «Semejante fiereza no puede justificarse ni aun por los horrores del asedio que Calagurris sufría, porque los saguntinos, los astapenses y los numantinos les habían ya enseñado de

(1) *Quia nullum jam aliud in urbe eorum superat animal, uxores suas natosque ad usum nefariæ dapis verterunt. Quoque diutius armata juvenus viscera sua visceribus suis aleret, infelices cadaverum reliquias satire non dubitavit.* VALER. MAXIM., L. 7, c. 6. Externa, 3.—V. á BERLANGA, obr. cit. p. 111.

qué manera debían defender sus hogares, muriendo cubiertos de gloria y admirando á sus encarnizados enemigos. El proceder de los calagurritanos acusa un estado de oscurantismo inaudito, que los elementos civilizadores que al rededor de ellos se agitaban no habían logrado extirpar. Por eso Afranio los degolló como fieras incendiando su guarida, mientras que Hannibal se detenía asombrado ante el espectáculo que presentaba Sagunto al ser tomada, como más tarde Lucio Marcio al entrar en Astapa y Publio Cornelio Scipión, el segundo Africano, al penetrar en Numancia (1).—Los navarros, al contrario, reputan semejante acto como de inconcebible heroísmo: la moderna Calahorra erigió á su madre la Calagurris vascona una estatua que personifica la tan memorable y tremenda página de su antigua historia (2): ¡lástima que el cincel á quien se encomendó la obra la desempeñase de tan infeliz manera, que en vez de mover el ánimo á admirar, mueve los músculos faciales á sonreír! El numen poético más ardoroso, aun en medio del entusiasmo que la fortaleza calagurritana le inspira, se abstiene de memorar el nefando accesorio de la antropofagía de aquellos héroes, y con frase concisa consigna el triunfo del valor que se alza radiante del sepulcro de la magnánima hecatombe, cantando de esta manera:

(1) Obr. cit. p. 111, not. 2, y p. 114.

(2) Este grotesco monumento, que por honra de las artes españolas debería desaparecer, levantándose en su lugar otro mejor concebido y ejecutado, ocupa desde el año 1878, en que fué erigido, el centro de la plaza principal de la ciudad. Representa á Calahorra una figura de mármol blanco y tamaño natural pequeño, que no se sabe si es de varón ó de hembra. Su semblante es fiero y desabrido, pero feísimo: lleva, con notable impropiedad, cubierta la cabeza con casco romano; túnica prendida al hombro, manto terciado, y coturno. Tiene en la mano izquierda, apretado contra su pecho, el brazo cortado de un niño ó de una mujer, y empuña con la diestra una espada, como en actitud de acometer á la hueste romana. El desairado pedestal de jaspe rojo, chapeado de mármol blanco en sus netos, sobre que se eleva esta estatua alegórica, contiene las siguientes inscripciones: *Prevaleré contra Cartago y contra Roma;—La muy noble y muy leal y fiel ciudad de Calahorra;—Victrix atque invicta, tulit Calagurra trophæum: Sanguine, principio, litteris, virtutibus, armis;—Agosto XXXI de MDCCCLXXVIII.*

Romanos, subid al muro,
subid á hollar esa sangre
que en tanto que ardió en las venas
no pudo humillarla nadie;
subid, que ya Calahorra
bajo sus almenas yace,
no por las armas vencida
sino muerta por el hambre (1).

El juicioso analista de Navarra (2), haciéndose cargo de la barbarie propia de aquel siglo, común á otras muchas naciones, censura la *acedia* con que al referir el caso se expresó Valerio Máximo, y añade: «más blandamente lo interpretó Juvenal disculpando á los Vascones *con la acerbidad de la necesidad extrema*.» Trae á este propósito á la memoria la sentencia de Tácito de que *todo ejemplo grande tiene algo de lo inicuo* (3), y añade que *la acerbidad del tiempo purgó en aquella ocasión la iniquidad*. Especie de homenaje tácito de admiración hacia el valor y la lealtad de los vascones fué para el citado analista la medida que tomó Augusto César de escoger para guardia de su persona una cohorte de calagurritanos; y no con menor eficacia depone en favor de la noble fidelidad de aquella gente la inscripción que trae de un ciudadano que se mató después del vencimiento de Sertorio por serle insoportable la vida sin su amado caudillo: inscripción concebida en estos términos: *Á los sacros manes de Quinto Sertorio, Yo Brebicio, natural de Calahorra, voluntariamente me inmolé, juzgando ser caso de religión, muerto aquel que todo lo tenía común con los dioses inmortales, no retener más tiempo el alma aprisionada. Vé en buen hora, cami-*

(1) *Calahorra*, poema de D. Hermilio Oloriz premiado en el certamen celebrado bajo los auspicios del Excmo. Ayuntamiento de Pamplona en 1883.—Pamplona, Imprenta de D. J. Lorda.

(2) P. MORET, *Investigaciones*, lib. I, cap. II.

(3) *Omne magnum exemplum aliquid semper ex iniquo traxit.*

nante que lees, y aprende de mí á ser leal. La lealtad agrada aun á los muertos privados de cuerpo humano (1).

Pero su fidelidad á la causa de Sertorio, dicen los que no se entusiasman con estos rasgos de heroica abnegación, no le impidió á la vascona Calahorra pelear después en las filas pompeyanas, y por último romanizarse como toda aquella comarca y mostrarse muy sumisa á los dominadores del orbe, no imitando la constante independencia de los cántabros. Mas no es posible que en tiempos de general atraso un pueblo, por heroico que sea, reúna todo género de virtudes: estas no suelen ser patrimonio más que de las naciones moralizadas por las buenas leyes, ó lo que es lo mismo, civilizadas (2). El salvajismo y la antropofagia de los antiguos vascones en la centuria que precedió á la Era cristiana, eran también peculiares—el Sr. Berlanga lo reconoce (3)—á otras tribus que por entonces, y aun muchos años después, moraban en los países que más tarde se denominaron Inglaterra y Francia. Era aún deplorable por demás en aquellos tiempos el estado de civilización de algunas gentes que vivían en comarcas más ó menos apartadas de la Vasconia: los celtas hispanos mutilaban en ocasiones á sus prisioneros ó los inmolaban á sus dioses; César encontró establecidos los sacrificios humanos en las Galias, y entonces los progenitores de los que hoy se estiman el pueblo más adelantado de Europa, se jactaban de que sus mayores se habían alimentado con los despojos de los ancianos y de los niños en los conflictos de las guerras que sos-

(1) *Dijs Manibus Quinti Sertorij me Brebycius Calagurritanus devovi, arbitratus religionem esse, eo sublato qui omnia cum Dijs immortalibus communia habebat, me incolumem retinere animam. Vale viator, qui haec legis, et meo disce exemplo fidem servare. Ipsa fides etiam mortuis placet corpore humano exutis.* MORET. Ibid.

(2) Adviértase que no decimos *cultas*, sino *civilizadas*. La civilización y la cultura son cosas distintas: puede ser un pueblo muy *culto* y sin embargo bárbaro en su estado social y moral, y vice-versa, una nación puede ser *civilizada* y hallarse sin embargo atrasada en cultura: puede tener buenas instituciones y carecer de buenos artistas. La civilización en suma depende del desarrollo y adelantamiento de las ideas morales y de las costumbres: la cultura se cifra en el progreso de las artes. Profesamos en esta materia la doctrina de Bonald.

(3) Obr. cit. p. 114 y 115.

tuvieron con los Cimbrios y Teutones.—Llevaba el Cristianismo más de medio siglo de lucha contra las supersticiones paganas cuando los soldados de Nerón combatían en la Britania á aquellos bárbaros que rociaban las aras de sus divinidades con la sangre de los indefensos cautivos. ¿Qué mucho, pues, que los vascones se alimentasen de las carnes de sus hijos y mujeres reducidos por Afranio á las últimas extremidades del hambre? Menos deberemos de consiguiente extrañar que en la guerra púnica siguiesen las enseñas de Aníbal con la cabeza descubierta, según nos los pinta Silio Itálico, y que tampoco usasen cascos cuando la rota de Trasimeno, ni en la batalla de Cannas. No atribuiremos esta particularidad, como lo hace el imitador de Virgilio, á alarde de valor y desprecio de los peligros de la guerra: diremos sencillamente que no sabían en aquel tiempo los vascones fabricar las armas defensivas, arte en que estaban tan adelantados los cartagineses y romanos, y añadiremos que los escritores modernos que nos presentan á estas gentes entrando en la pelea con relucientes cascos y vistosas ropas de vivos colores, buenos arreos militares y armas excelentes, han confundido á los vascones con los iberos, de quienes se refieren estas circunstancias, demostrativas de un estado de cultura que los éuskaros no alcanzaron antes ni algunos siglos después de difundido el cristianismo por el occidente de Europa.

Hemos citado el ejemplo de Calahorra como demostración de la fiera constancia de los Vascones, y debemos advertir que aunque hoy no sería buen argumento respecto del carácter del éuskaros de la montaña lo ocurrido en un pueblo de la ribera del Ebro, en la época á que nos hemos referido no había diferencias entre el vasco montañés y el vasco de la tierra llana. Todos eran unos: la Vasconia de entonces acá ha venido reduciéndose, y es probable que los calagurritanos de hoy, así como difieren de los habitantes de la región pirenaica en fisonomía, lengua, costumbres y aptitudes, difieran de sus antepasados en todos estos factores de su modo de ser y de existir. En